

de su ambición, que era la de hacer una formidable realidad su título de jefe temporal del mundo cristiano; pero comprendía que si la Inglaterra tomaba partido en favor de la Francia, su dignidad continuaría siendo un nombre vano. Hé ahí por qué Carlos V empleó todas las seducciones de su diplomacia para ganar á Enrique VIII. Francisco I hizo otro tanto. El rey de Inglaterra era avaro y orgulloso, y tenía un ministro no ménos avaro y mucho más ambicioso. Francisco I creyó ganar al amo y al servidor prodigando el oro: prometió al primero una suma de 600.000 coronas, que equivaldrían hoy á más de treinta millones, y compró á Wolsey por una pensión de 12.000 libras, insinuándole, además, que tenía catorce votos en el colegio de cardenales, y que si el rey de Inglaterra se unía á él, dispondría del papado y del imperio. Carlos V tenía más suerte que Francisco I en esa especie de subastas, porque también ofrecía oro á Enrique VIII, y le hacía esperar conquistas en Francia y tal vez la corona que había llevado uno de sus predecesores. Por lo que hace á Wolsey, el hábil prelado sabía perfectamente que un emperador de Alemania, rey de España y de Nápoles á la vez, tendría más influencia en Roma que un rey de Francia. Los Ingleses han sido siempre excelentes calculadores, y comprendieron que la ventaja estaba evidentemente de parte de la alianza española. Inútil fué que Francisco I desplegara todos los atractivos del ingenio francés en la célebre entrevista del campo del *Paño de Oro*: Enrique VIII, tan desleal como codicioso, aceptó un subsidio anual de cerca de tres millones de francos; pero apenas hubo vendido su amistad al rey de Francia, se puso á tratar con Carlos V. La corona de Francia valía mucho más de tres millones anuales, y renunciar á su ambición por semejante cantidad era un mal negocio. Enrique VIII creyó ser un profundo político aliándose con el emperador; la lucha de Francisco I contra su poderoso rival terminaría por debilitar á aquél; y entonces él, como heredero de los Plantagenet podría recobrar la Guena, la Normandía, y ¿quién sabe? la Francia entera. Cuando en España se levantan castillos en el aire, lo único que cuesta algo es dar el primer paso; lo demás viene de suyo. Y, en efecto, se creería estar soñando cuando se oye decir á Enrique VIII seriamente que esperaba reinar en Francia. El cardenal Wolsey lisonjeaba tan loca ambi-

ción, y formaba planes de campaña, y hallaba que el camino de Calais á París era fácil. Por su parte, el papa hacía cuanto le era posible para allanar el camino, y hasta redactó una bula en la cual desligaba á los súbditos de Francisco I del juramento de fidelidad (1).

El astuto Wolsey contaba más con la corona pontificia para sí que con la corona de Francia para su señor. Pero uno y otro vieron desvanecidas sus esperanzas. Dos veces vacó la santa sede, y dos veces se vió engañado el cardenal inglés, que juró por ello un odio á muerte á Carlos V. La batalla de Pavia le dió un pretexto favorable. Aterrados por la victoria del emperador, los Estados italianos formaron una liga contra él, liga que se llamó santa porque era su jefe el papa; Enrique VIII fué declarado protector; pero ni la santidad de la liga bastó al rey de Inglaterra y á su ministro para empeñarles en ella; fué necesario prometerles, al rey un principado en el reino de Nápoles; y á fin de que no fuese un principado ridículo, hubo cuidado de estipular que debía producir una renta de 30.000 ducados; á Wolsey se le prometieron tierras por valor de 10.000 ducados (2). ¿Entraba acaso alguna idea de equilibrio en ese cambio de política? El ministro inglés tuvo buen cuidado de dar ese colorido á su deseo de venganza, é hizo ver á su amo que Pavia era el primer escalon de la monarquía universal, y lisonjeó, además, su vanidad diciéndole que sólo Inglaterra podía impedir á Carlos V que realizase su ambición. Los contemporáneos tomaron esas palabras por lo serio (3). Verdad es que la alianza de Inglaterra con Francia contra el vencedor de Pavia estaba hasta tal punto reclamada por el interés político, que era natural suponerla dictada por los cálculos del equilibrio. Pero no es ménos cierto que el primer pensamiento de Enrique VIII despues de la batalla de Pavia fué la conquista de Francia. En la derrota de Francisco I creyó ver la mano de Dios; é interpretando en su favor los designios de la Providencia, creyó que el no aprovecharse de la ocasión que el cielo le ofrecía era faltar al To-

(1) Véanse las pruebas auténticas de esas locuras en MIGUET, *Rivalidades de Francisco I y Carlos V*, y en RANKE *Deutsche Geschichte*, t. II.

(2) ROBERTSON, *Hist. de Carlos V*, lib. IV.

(3) DU BELLAY, *Memorias*, véase á PETITOT, t. XVIII, pag. 5; «El rey de Inglaterra, temiendo el excesivo engrandecimiento del emperador, cambió en amistad la malevolencia hácia el rey.»

§ III.— El papado.

N.º 1.— La política de los papas.

En el siglo XVI, los papas todavía tenían una política é intervenían en las guerras de los reyes, señal de que aún les quedaba alguna vida. En el día reina el silencio de las tumbas allí donde rebosaba la vida en la Edad Media; preguntar en el siglo XIX cuál es la política de los papas sería una amarga ironía. La irremediable decadencia de Roma cristiana tiene su origen en la monarquía universal que había querido establecer á pretexto de religión. En el siglo XVI, los papas se llamaban siempre, con los emperadores, los jefes de la cristiandad; pero estas eran palabras vacías de sentido, una vana sombra de un pasado glorioso. Los reformadores abrieron una gran brecha en el poder espiritual de aquel que pretendía ser el vicario de Dios; y en cuanto á su poder temporal, hacía ya tiempo que sólo existía en las obras de los canonistas. Son ya las naciones en aquel siglo las que reinan y las que luchan entre sí; y por mejor decir, son los príncipes que las representan, aunque imperfectamente. Hay tendencias á reconstituir la unidad bajo la forma de monarquía universal; hay oposición insintiva de las nacionalidades contra aquellas ambiciosas tentativas; hay, sobre todo, un movimiento general de los Estados para extender su poder. ¿Cuál es el papel de los papas en ese campo de ambiciones que se cruzan y se pelean? Potencia de los tiempos pasados é inmutable por su naturaleza, la sede pontificia debía atenerse al mantenimiento de la unidad tal como se había desenvuelto en la Edad Media. La Reforma amenazaba destruir la unidad católica, y los papas la hicieron una guerra á muerte; no retrocedieron ante ningún medio; las hogueras, las conspiraciones, el asesinato mismo, todo era lícito á sus ojos cuando se trataba de la causa de Dios, es decir, de su dominación. Para combatir la Reforma, se vieron obligados á apoyarse en los príncipes que se habían puesto á la cabeza de la reacción católica. La Casa de Austria, que había confundido sus intereses con los de la antigua religión, quería levantar la monarquía universal sobre los fundamentos del catolicismo; los propósitos del papa y del emperador eran los mismos; pero el interés del soberano pontífice, como

dopoderoso. Enrique pidió el concurso al papa para aquella santa empresa, á pretexto de que la destitución de Francisco I sería el único medio de poner paz en el mundo cristiano. También trató de ganar al emperador, ofreciendo restituírle lo que la Francia había usurpado á la Casa de Borgoña y al imperio. Despues de todo, decía, la Inglaterra y la Francia debían venir á parar á manos de Carlos V si éste se casaba con su hija María, conforme á lo pactado (1).

Hé aquí la política del rey de Inglaterra: es ciega á fuerza de ser egoísta. Despues de la victoria de Carlos V en Pavia, el más vulgar buen sentido aconsejaba á Enrique VIII el que se uniera á Francisco I y á los Estados de Italia contra el emperador. ¿Qué hizo Enrique VIII? En lugar de oponerse al creciente poder de aquél, propuso aumentarle desmembrando la Francia. Ciertamente es que se tomaba para sí la mejor parte; pero ¿cómo no veía que, aun suponiendo victoriosas sus armas, sería precaria su conquista, en razón al excesivo poder de Carlos V? ¿Y qué decir del extravagante proyecto de reunir las coronas de Francia y de Inglaterra en las sienes de aquel que ya era rey de España y de Nápoles, duque de Borgoña y emperador de Alemania? Pues hé ahí la monarquía universal; y es un rey de Inglaterra el que hacía la oferta á la casa de Austria! ¿Se podrá sostener despues de esto que la política de Enrique VIII era mantener la balanza entre Francisco I y su rival? No; ni siquiera se veía en semejante conducta el sentimiento de la independencia nacional, tan acentuado en la raza inglesa; Inglaterra, como Francia, hubiera desaparecido en una monarquía cuyo jefe habría sido el rey de España; y naciones que hacen la gloria de la Europa se hubieran visto ahogadas en su cuna. Proyectos insensatos de los que ni aun deberíamos ocuparnos un instante, por ser tan irrealizables como criminales. Dios veló porque la peligrosa union de Enrique VIII y de Carlos V se deshiciera; las mismas pasiones del rey y de su ministro desbarataron sus proyectos. Al separarse de Roma dió el rey la más fuerte garantía á la independencia nacional, que estuvo á punto de sacrificar á su loca ambición.

(1) ELLIS, *Letters illustrative of english history*, serie 2.ª, t. I, página 327.—RANKE, *Deutsche Geschichte*, t. II, págs. 329 y sig. y RANKE, *Englische Geschichte*, t. I, p. 156-158.

jefe de los Estados romanos, se hallaba en colisión con sus intereses como jefe de la cristiandad. Si el emperador llegaba á ser dueño de la Italia, el papa se exponía á descender al papel de capellan; de ahí una sorda oposicion de los papas contra los proyectos encaminados á restaurar el imperio. Bajo este punto de vista, la actitud del papa en nada se diferenciaba de la de los reyes de Francia y de Inglaterra. El interés político era tan vivo, que más de una vez triunfó de las pasiones religiosas; y aconteció que el vicario espiritual de Jesucristo atravesaba obstáculos al vicario temporal en la lucha que los dos sostenían contra los protestantes.

Enemigos de todo poder que comprometiera su soberanía italiana, los papas necesitaban tomar partido á favor de las nacionalidades contra la Casa de Austria; pero su título de jefes espirituales de la cristiandad no les permitía pronunciarse abiertamente en aquel sentido, que era en el fondo protestante, y en el cual se presentaban en primera línea los Estados afectos á la Reforma. Todo esto revela que los papas del siglo XVI, ni más ni menos que los príncipes seculares, no tuvieron una política acentuada y fija, cosa que les era imposible. De una parte, la tradición, tan poderosa en el seno del catolicismo, los llevaba á la unidad de la Edad Media, en la que el emperador figuraba al lado de ellos como señor del mundo; y de otra parte, el interés político, más fuerte que el dogma, les hacía temible un protector que fácilmente podía llegar á ser el amo. Y ¿qué hicieron los papas? Mantuvieron en apariencia la teoría de la unidad cristiana, y en realidad, acomodaron su conducta á los intereses del momento, mostrándose tan ambiciosos como los príncipes de la tierra por extender su dominación temporal.

Los ultramontanos ensalzan á los papas como defensores de la libertad y de la independencia de Italia. Oigamos al más profundo de los políticos italianos. *Maquiavelo* nos dirá lo que se debe pensar de la influencia del papado en los destinos de su patria: "Nosotros, italianos, dice, nosotros debemos á la Iglesia y á los clérigos, como primera obligación, la de ser impíos y corrompidos: los pueblos que más cerca están de la Iglesia romana son los que tienen menos religion. Nosotros la debemos aún otro favor más grande, que es causa de nuestra ruina: el de que la Iglesia ha mantenido y mantiene dividida á la Italia, siendo así que nin-

gun país llegó á ser poderoso y feliz sino á condicion de estar todo unido bajo las leyes de una república ó de un príncipe, como acontece á Francia y á España. Y la causa de que Italia no se halle en esas condiciones y no haya podido alcanzar el gobierno de una república ó de un príncipe es la Iglesia solamente. Habiendo usurpado el poder temporal, no ha sido ni bastante fuerte ni bastante emprendedora para ocupar y hacerse dueña del resto de Italia; por otra parte, no ha sido tan débil que no haya podido llamar en su socorro á poderosos extranjeros contra los nacionales, así como se vió antiguamente, cuando por medio de Carlo-Magno arrojó á los Lombardos, que eran ya señores casi de toda Italia; y, en nuestros días, cuando quitó el poder á los Venecianos con el auxilio de los Franceses, para arrojar á los Franceses con el auxilio de los Suizos. La Iglesia, no habiendo sido capaz de ocupar la Italia, y no habiendo permitido que otro la ocupase, ha sido causa de que ésta no haya podido constituirse bajo un jefe y de que haya tenido que someterse á muchos príncipes y señores, efecto de lo cual se encuentra en tal grado de division y de debilidad, que ha venido á ser presa, no sólo de los apellidados Bárbaros, sino de cualquiera que se ha tomado el trabajo de invadirla. Tal es el agradecimiento que debemos á la Iglesia, y á nadie más que á la Iglesia," (1).

Maquiavelo era contemporáneo de uno de los papas á quien los historiadores se complacen en representar como el patriota italiano por excelencia. Julio II, pontífice guerrero y político, se imponía la misión de arrojar á los Bárbaros de Italia (2). Supongamos que hubiese logrado expulsar á los Franceses: ¿qué hubiera ganado en ello la independencia de Italia? La situación hubiera continuado la misma que el gran político de Florencia había pintado con tanta exactitud. Los papas están condenados por la fuerza de las cosas á ser un obstáculo á la unidad de Italia. Julio II tenía una pasión más fuerte que su odio á los Bárbaros: quería extender el poder temporal de la santa sede. Pero como el papado no podía nunca dominar sobre toda la Península, la Italia y sus papas se encontraban dentro de un terrible círculo, tan fatal y tan invariable como los del infierno del Dante. ¿Puede en-

(1) MACHIAVELLI, *Discorsi*, lib. I (Op., t. III, p. 258, edición italiana).

(2) GUICCIARDINI, *Hist. de Italia*, lib. IX, c. 2.

salzarse á Julio II como patriota italiano, cuando se le ve hacerse cómplice de la liga de Cambray, verdadera alianza de bandidos contra Venecia, que era el baluarte de Italia? Él mismo comprendía que era un medio anómalo de librar á la Italia de los Bárbaros el llamarlos para despojar á una república italiana; él mismo hubiera querido retroceder (1); pero la ambición del sacerdote se superpuso á los sentimientos del patriota. La expoliación se consumó, y la santa sede obtuvo su parte en el despojo. Julio II quedó satisfecho; pero ¿qué fué del proyecto de arrojar á los Bárbaros? El papa se alió á los Venecianos contra los Franceses; despues contaba librarse de los Españoles con la ayuda de los Suizos: ¡proyectos fantásticos! Si el papa hubiera tenido realmente el patriotismo italiano que se le supone, habría comenzado por aliarse á Venecia para echar á los Bárbaros de Italia. Tan luego como los extranjeros pusieron en ella el pié, los papas intentaron en vano expulsarlos; no tenían fuerza contra los Franceses sino apoyándose en la España, y no podían atacar á España más que apoyándose en Francia. De modo que el gran designio de librar á la Italia de los Bárbaros dió por resultado el eternizar en ella su poder.

Julio II era superior á los otros papas de su época por su desinterés. Sixto IV, Alejandro VI y casi todos los papas del siglo XVI no pensaron más que en procurar principados á sus sobrinos ó á sus bastardos. Julio II se preocupó únicamente del poder de la santa sede. Pero ¿cuán mezquina es esa ambición, si se la compara con los gigantescos designios de los papas de la Edad Media! Los Gregorio, los Inocencio jamás olvidaron que eran jefes espirituales de la cristiandad; y para ellos la dominación temporal no era un fin, era un medio. Gregorio VII, expulsado de Roma y muriendo en el destierro, es mil veces más grande que Julio II cubierto con el casco y subiendo al asalto. En el siglo XVII, los papas ya no son más que pequeños príncipes italianos ocupados en agrandar sus Estados, siendo reyes más bien que pontífices, y muchos de ellos limitándose á establecer á sus sobri-

nos. Los hombres más eminentes, tales como Lorenzo de Médicis, consideraban como un deber para los papas el cuidar ante todo de los intereses de su familia (1). No pudiendo transmitir su dignidad á sus parientes, procuraban hacerlos poderosos. Ese deseo, dice un enviado veneciano, era una causa incesante de guerras y trastornos. Los papas no podían fundar principados para sus sobrinos, sin despojar á los que poseían los territorios codiciados; y como el pontificado pasaba despues de un corto reinado de una casa á otra casa, aquella obra de violencia se reproducía sin cesar, sin ningún respeto á los derechos adquiridos, y sin que hubiese medio de indemnizar á aquellos á quienes se despojaba; se necesitaba ponerlo todo de abajo arriba para contentar la ambición de cada pontífice. No hay un solo Estado en esta pobre Italia, exclamaba *Navajero*, que no haya sido desgarrado y desmembrado para saciar la codicia siempre viva de los papas (2). Usaban éstos y abusaban de su influencia espiritual para satisfacer esa miserable ambición que degradaba á los sucesores de San Pedro, rebajándoles al nivel de los pequeños tiranos de Italia. Su Santidad ponía á los jefes del cristianismo al abrigo de toda guerra ofensiva. "Saben bien, dice *Guicciardini*, que no se les puede atacar sin cubrirse de vergüenza y sin sublevar á los demás príncipes en favor de la santa sede. Ellos, en cambio, pueden hacer impunemente la guerra á sus enemigos; si salen victoriosos, se aprovechan de la buena suerte; si son vencidos, nada tienen que perder, porque si el vencedor quisiera aprovecharse de su victoria á expensas de la Iglesia romana, se atraería el odio de los fieles y hasta temería, si él mismo era creyente, exponerse á la venganza de Dios," (3).

(1) Véase la carta de Lorenzo de Médicis á Inocencio VIII, en RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. II, p. 45.

(2) NAVAJERO escribe en 1551: «Il quale desiderio ha travagliato e travagliera sempre questa povera Italia: perchè non essendo i pontefice romani naturali ed ereditari, ne pontendosi con poco tempo acquistare e stabilire un nuovo stato, come disegnano per gli suoi, è necessario che mettano sotto sopra il mondo, facendo liga, ora con questo, ora con quell'altro principe, per giungeri per questi mezzi, non potendo per altro, al loro fine, che è di lasciare i suoi non privati, come erano avanti il loro pontificato, ma con grandezza e con stato nuovo, il che non si può fare, senza par torto ad altri. Non vengo a particolari esempi, perchè qualche povera repubblica d'Italia e qualche altro stato ne porta ancora squarciato il volto» (ALBERI, *Relazioni*, II, 3, p. 376).

(3) Tales son las palabras de NAVAJERO, el enviado veneciano (ALBERI, *Relazioni*, II, 3, p. 407) y del célebre historiador GUICCIARDINI, *Hist. de Italia*, lib. IV, c. 5.

La credulidad de los pueblos y de los príncipes era una excelente mina que los papas no dejaron de explotar, poniendo al servicio de su ambición temporal los anatemas y los rayos de la Iglesia: cuantos se oponían, fuertes en su derecho, á las usurpaciones de los vicarios de Jesucristo, eran excomulgados como enemigos de Dios. Y no se sabe qué admirar más, si la impudencia de los sacerdotes que pretendían cerrar las puertas del cielo á los que resistían sus iniquidades, ó la ceguera de los pueblos, que se obstinaban en reverenciar el poder divino de aquellos que abusaban tan indignamente de su fe. Julio II, el papa patriota, tomando parte en la liga de Cambray, sobrepuso el crimen de sus aliados al excomulgar á los venecianos, permitiendo que se les despojase y se les redujera á la servidumbre (1). El papa quería hacer cómplice al mismo Dios de un acto de vandalismo. Y tal era la práctica habitual de la corte de Roma: esa santa sede, que se llama custodia del derecho y de la moralidad, consagraba la fuerza brutal con su autoridad divina, siempre que su interés político reclamaba. Fernando de Aragón se apoderó de la Navarra. Y ¿qué título tenía para ello? ¿Ninguno más que una bula de excomunion lanzada por Julio II contra el rey de Navarra. Y ¿por qué entregó el papa aquel reino al codicioso español? Porque su rey era el aliado de Luis XII (2). Hé ahí la política pontificia al principio de la era moderna. Es el abuso de lo que hay de más sagrado en provecho de una culpable ambición.

(1) Los historiadores católicos, en su amor á la verdad, han omitido esta cláusula de la bula; pero Guicciardini la ha transmitido á la posteridad para eterno oprobio de los papas GIESELER, *Kirchengeschichte*, II, 4, § 135, nota o).

(2) Véanse las pruebas en PRESCOTT, *History and Ferdinand and Isabella*, t. III, p. 231 (a).

(a) Tratándose de la historia de nuestro país, Mr. Laurent nos dispensará que rectifiquemos la equivocación que su mucho amor á la Francia le ha hecho padecer aquí. Prescott dice cabalmente todo lo contrario de lo que afirma Laurent, no sólo en cuanto á la bula de excomunion, sino en cuanto á los motivos y los fines por los que y con los que el rey católico D. Fernando se apoderó de la Navarra. Prescott asegura que la decantada bula de Julio II lleva un error de fecha y que es posterior á la ocupación de Navarra por las tropas del duque de Alba; por consiguiente, que no fué el motivo de aquella ocupación. Los motivos fueron el tratado de Blois entre Luis XII y Juan de Albret, en el cual se declaraba éste enemigo de D. Fernando y se comprometía á hacerle la guerra á él y á su aliada la Inglaterra: el motivo fué el de haber Juan de Albret contestado con aquella secreta alianza á la franca petición hecha por D. Fernando de que entrara en la suya, y le permitiera el paso de sus tropas por su reino al intento de atacar á su enemigo Luis XII en los campos de la Guinienna. Y si es verdad que dado el primer paso de la ocupación, Fernando dió los de apoderarse de Navarra y anexionarla á Castilla, eso mismo quería hacer la Francia, que á la postre se vino á hacer dueña de parte de aquel mismo reino; y después de todo, el Rey Católico hizo la anexión con el asentimiento del país en Cortes del reino, y conservándole sus fueros y libertades. Esto dice Prescott, y eso confirma la historia examinada sin pasión y sin prevenciones.—(N. del T.)

N.º 2.—El papado en la lucha de Francisco I y de Carlos V.

I.

El historiador de Leon X dice que quería establecer la paz entre los príncipes cristianos al intento de unirlos contra los infieles; que como príncipe italiano, se proponía, á imitación de Julio II, libertar de los Bárbaros la Italia; y que si intervino en las guerras y tratados de Carlos V y de Francisco I, fué para equilibrar su poder á fin de que el uno de ellos no adquiriese una preponderancia peligrosa para los demás Estados (1). El escritor inglés ha juzgado á Leon X según sus palabras, sin atender á que están en contradicción completa con sus actos. Hay un lenguaje que es de estilo corriente entre todos los papas; vicarios del príncipe de la paz, nunca dejan de exhortar á los pueblos á la paz. Pero esos sentimientos pacíficos proclamados por Leon X no le impidieron estar continuamente en guerra con sus vecinos y tomar una parte activa en las luchas de la Francia y de la Casa de Austria. ¿Acaso el papa aspiraba seriamente á unir á los príncipes cristianos contra los infieles? Ya hemos dicho en otra parte que, por lo general, aquellos incesantes llamamientos del Vaticano á la guerra santa eran una comedia. Leon X impuso una tregua general á la cristiandad para armarla contra los Turcos, y fué él mismo el primero que la violó (2). Los papas del siglo XVI no procedían ya como jefes del mundo cristiano; su política se preocupaba, cuando más, de los intereses temporales de la santa sede, y eso sucedió á Leon X. Dudamos mucho que pensase jamás en el equilibrio del poder, al intento de asegurar la libertad de los demás Estados. Guicciardini, su contemporáneo, nos dice que su ambición como jefe de la Iglesia era el conservar las conquistas de Julio II, Parma y Plasencia, y que también deseaba la posesión de Ferrara (3). Su ambición como jefe de la familia Médicis era mucho más grande: quería colocar á su hermano Juliano en el trono de Nápoles y reservar para su sobrino la Toscana,

(1) ROSCOE, *Life of Leo the Tenth*, t. III, p. 223, 225, edic. de Heidelberg.

(2) Véase en la parte novena de mis *Estudios*.

(3) GUICCIARDINI, *Hist. de Italia*, lib. XIV, c. 1.

uniendo á ella los ducados de Ferrara y de Urbino (1). Vamos á ver si en sus relaciones con Carlos V y Francisco I pensó verdaderamente en ser el libertador de Italia.

Italia era el teatro de la lucha entre los dos rivales: Francisco I reclamaba á Milan como su herencia, y Carlos V ocupaba el reino de Nápoles. Dice Guicciardini que el emperador y el rey de Francia hicieron cuanto podía cada uno para atraer al papa á su partido: dueño éste de Roma, y reinando su familia en Florencia, al aliarse con uno ú otro de aquéllos podía arrojar de Italia á los Franceses ó á los Españoles; pero también podía, dice el historiador italiano, mantener la paz observando una perfecta neutralidad. Guicciardini añade,—y la cosa es evidente,—que tal era la política que el interés de la santa sede recomendaba al papa. En efecto, aliándose al uno de los dos monarcas, dábales aquel una preponderancia que comprometía la independencia de los Estados romanos y la autoridad de los Médicis en Florencia. Sin embargo, fué ese último partido el adoptado por Leon X; y así le vemos tan pronto aliado de Carlos V como de Francisco I, no para mantener la balanza entre los dos reyes que se disputaban la Italia, sino para echar á uno de ellos, lo cual contribuía forzosamente á hacer al otro señor absoluto. Y ¿cuál era el motivo de Leon X en esos cambios de alianza? Ninguno otro más que el engrandecimiento de los Estados romanos y de su familia.

Cuando Francisco I quiso reconquistar el Milanesado, que había perdido Luis XII, se formó una liga contra él, y entre los coaligados se encontraba el papa. La batalla de Marignano rompió la coalición. El primer día de aquélla se creyó en la victoria de los Suizos, y Leon X las celebró con bulliciosas fiestas; pero cuando supo al día siguiente que era vencedor el rey de Francia, cambió inmediatamente de Alianza y procuró sacar provecho de la amistad del vencedor. Y, en efecto, obtuvo por de pronto el famoso concordato que anuló ó poco menos la Pragmática Sanción, tan odiosa á la corte de Roma; y después decidió á Francisco I á sostener á los Médicis en Florencia y á despojar al duque de Urbino en favor de un sobrino del papa. Pero se negó á devolverle á Parma y á Plasencia,

(1) ROSCOE, *Life of Leo the Tenth*, t. II, p. 167-171.—ZORZI, *Relazione*, véase en RANKE, *Fürsten und Völker*, t. IV, 2, p. 11.

lo cual era lastimar á su nuevo aliado en su ambición de príncipe. Leon X no se lo perdonó; y aunque aliado en apariencia, continuó siendo enemigo personal de Francisco I. Apenas había firmado la paz y la alianza con el vencedor de Marignano, Leon X toma parte activa en la liga de España, Inglaterra y Austria para el restablecimiento de los Sforza en el trono de Milan; y cuando Maximiliano bajó á la Italia, Leon X estaba dispuesto á hacer traición al rey de Francia; pero habiéndose pronunciado la victoria en favor de las armas francesas, envió al vencedor los auxilios que se había comprometido á suministrar contra él. Francisco I aceptó el socorro metálico, pero diciendo que, como la alianza del papa le era inútil durante la guerra, haría con él un tratado que sólo tuviese valor durante la paz.

Francisco I triunfaba, y en Roma se ha seguido siempre la opinión de Breno: ¡viva quien vence! ¡ay del vencido! El cardenal Rivera escribía á la madre del rey de parte de Leon X: "El papa quiere vivir y morir en la verdadera union y perfecto amor que tiene al rey y á V. M., ¡Qué amistad tan tierna! Veamos los resultados de ese profundo afecto. Los dos aliados celebraron un pacto para la conquista del reino de Nápoles, del cual la mitad debía pertenecer á la Francia y la otra mitad á la santa sede. Dividir un reino antes de tenerle era repartir la piel del león: no lo desconocía Leon X, que, verdadero Médicis, sabía calcular tan bien como un comerciante las utilidades que prometía una empresa; por lo tanto, creyó que era más ventajoso entenderse con Carlos V, y el mismo papa, que acababa de prometer leal y constante amistad á Francisco I y que había firmado una alianza para la expulsión de Carlos V, firmó con éste un nuevo tratado para la expulsión del rey de Francia, su anterior aliado. Esa política de taimado, ¿tenía por lo menos la excusa del interés general? El emperador le devolvió á Parma y á Plasencia, le prometió su apoyo para obtener el ducado de Ferrara y otorgó á su sobrino un establecimiento territorial en el reino de Nápoles. Hé ahí las ventajas presentes que el codicioso Médicis antepuso á los beneficios muy problemáticos de la alianza francesa. Y, sin embargo, continuó en apariencia siendo el aliado de Francisco I. Y no se limitó á hacerle traición: se comprometió á excomulgarle y á castigar á la Francia con el entredicho. Y ¿en qué se fun-